

**DISCURSO PEDRO IBÁÑEZ S.M.
VICEPRESIDENTE JUNTA DIRECTIVA**

(9 de agosto 2002)

En representación de la Fundación Adolfo Ibáñez debo decir que hoy, al inaugurar esta nueva sede de la Universidad, vivimos un hito que nos mezcla sentimientos de orgullo con los de responsabilidad frente al futuro de tantos jóvenes que han confiado en nosotros. La asistencia de su excelencia el Presidente de la República no hace sino realzar la importancia de este momento, y también nuestro compromiso con el futuro de esos jóvenes.

La Fundación tuvo su origen en la convicción de participar en la educación superior de nuestro país, como forma efectiva de aportar al desarrollo de nuestra juventud. En, los años 50, en que la dirección de empresas comenzó a ser en el mundo uno de los desafíos importantes, la Fundación, adelantándose a los tiempos de nuestro país, se propuso formar profesionales de la Administración de Empresas, creando para ello la Escuela de Negocios de Valparaíso. Luego le correspondió a esta escuela ocuparse de la formación de post-grado en administración con el fin de reciclar y mantener al día a los profesionales de esta área y dar además la oportunidad para que profesionales de otras áreas participaran en la administración superior de los negocios. Fue también muy importante la labor desarrollada a principios de los '60 en cuanto a iniciar la discusión y difusión en nuestro país de los conceptos de la economía social de mercado. Por la relación que se sostuvo con ellos a propósito de este tema y por la trascendencia de las proposiciones que ellos hicieron, fueron en su oportunidad nombrados miembros académicos honorarios de esta casa de estudios, Ludwig Erhard, Milton Friedman y Frederick von Hayek.

Durante los años 80 y considerando los desafíos que plantearon a la educación superior las tendencias de la globalización y la apertura e incorporación de nuestro país al exterior, la Fundación decidió incursionar en otras áreas del saber y de la formación. Si bien estas no le resultaban ajenas por ser temas que de una manera u otra estaban ya incorporadas en la enseñanza de administración, requerían su estructuración en carreras formales. Ello condujo a la creación de la Universidad Adolfo Ibáñez. La construcción de esta nueva sede obedece a la culminación de aquellos propósitos.

En lo que concierne a la Universidad, diría que en la Fundación tenemos presente las siguientes cosas:

En primer lugar, que la característica más notable del mundo de hoy es el cambio. Cambio en los gustos, en la forma de vivir y de sentir, enmarcado todo ello en un avance desenfrenado de la tecnología. Desde principios del S. XX queda ya claro que aquellas certezas del S. XIX no lo eran más: desde luego el poder político ha cambiado de manos y las ciencias y la razón mostraron que ellas no podían dar la solución a todos los aspectos de la vida. Todo ello creó incertidumbre en muchos ámbitos, la que se acentúa hoy por los novísimos desafíos que nos toca enfrentar. Lo que era válido ayer como forma de interpretar y entender el mundo y los fenómenos sociales, probablemente no lo será mañana.

En segundo lugar, el que las empresas y los países, como único camino para progresar, deben hoy generar mayor valor agregado. Cada día las materias primas valen menos y aquellos productos que tienen incorporada inteligencia y capacidad humana valen más. Aunque para los países del lado de acá tal situación puede parecernos injusta y de hecho por años nos hemos quejado de tal injusticia, más nos vale reconocer el hecho y tratar de vivir con él, ya que solo significa reconocer que, afortunadamente, la vida se ha hecho más elaborada, más sofisticada, y que ello solo es consustancial a la naturaleza del hombre. Inútil sería entonces tratar de retrotraer la vida a la etapa de la recolección: debemos entender el fenómeno y actuar en consecuencia.

En tercer lugar es preciso reconocer que nuestro país, porque somos pocos y además con poco poder adquisitivo, constituye un mundo pequeño. Ello significa que si queremos progresar es preciso ponerse a la altura de los desafíos del mundo grande.

Y para ponernos a tono no nos basta que el país esté dedicado a la producción de materias primas como el cobre o bienes un poco más avanzados como la celulosa, la harina de pescado e incluso los salmones o la fruta. El gap, en todo sentido es tan grande, que el tranco para alcanzar el desarrollo solo se logrará con actividades que agreguen mucho más valor, que signifiquen el uso de mucha más capacidad intelectual. El desafío es grande y no parece suficiente para aceptarlo el solo aporte de los científicos, de los ingenieros o de los empresarios. Habrá también que echar mano de muchos otros, de los historiadores, de los poetas, de los filósofos, de los artistas. Los conocimientos, la sensibilidad y la visión que estos son capaces de aportar, permitirá descubrir aquellas cosas de nuestro país y de nuestra gente que hoy están latentes pero que tendremos que transformar en hechos tangibles. Será preciso definir nuevas identidades y formas de mirar a nuestro país que, valoradas y utilizadas bien, pueden ser aportes decisivos en la creación del valor de que hablábamos.

Trabajar en la formación de estas personas y por que no, de los futuros políticos y administradores de los bienes públicos, de aquellos que serán capaces de conducir y dar sentido de progreso y de mayor valor a las acciones individuales y colectivas, es hoy tarea primordial de la Universidad. Efectivamente, aquí entendemos nuestra misión como la de preparar a los jóvenes para vivir el mundo

moderno, enseñándoles a usar las herramientas para interpretar, afrontar y aprovechar el cambio y así poder ser gestores en la creación de valor.

Como chilenos solo nos cabe esperar que se den y se mantengan en el país las condiciones para que tales fenómenos sucedan. Y ello tiene que ver con un ambiente que estimule el desarrollo personal que hará que la potencia que hay en los jóvenes que aquí se preparan y en muchos otros miles o millones a lo largo del país, pueda transformarse en realidad.

La sede que inauguramos hoy está diseñada par atender los propósitos antedichos. En primer lugar está ubicada en una comuna en formación, lo que libera a la universidad y a sus alumnos de marcos y formas pre concebidas o delineadas para otros tiempos. El lugar tiene una doble condición: permite relacionar a la Universidad con lo que es el corazón de nuestro país, de su historia, de su gente, de sus tradiciones; pero a la vez la sitúa en el borde de la ciudad, dándole la libertad para crear. La arquitectura no necesita explicaciones. Por sí sola se sitúa como una importante protagonista de nuestro proyecto de educación: no se como se podría concebir lo que queremos hacer en otro tipo de edificio.

Esta sede une la tradición con el futuro que debemos construir y que mucho dependerá de la educación que seamos capaces de impartir hoy.

Es este un momento para agradecer el esfuerzo desplegado por numerosas empresas y personas que acometieron la tarea de su construcción como un desafío muy personal. Me imagino que muchos de ellos, sin saber lo que se les venía encima. La verdad es que se logró un muy buen resultado en calidad, un difícil pero ajustado cumplimiento de las fechas y un diseño y estética que con orgullo nos atrevemos exponer al juicio público.

Dieron mucho de si en esta obra, Marcelo Rodríguez y los ingenieros de Tec, empresa administradora de la obra; los ingenieros y el personal de constructora TEC S.A., encabezados por D. Roberto Albert, a cargo de la obra gruesa; D. Horacio de la Maza y el personal de De Mussy a cargo de las terminaciones. Muchos otros también. Y al arquitecto José Cruz con su equipo a quienes, desde un punto de vista estético, poco les pueden ayudar nuestras felicitaciones, ya que en estas empresas ellos se juegan el pellejo frente al público. En nuestra opinión tendrán éxito. Quiero si destacar su entusiasmo, flexibilidad y comprensión de que aquí había un proyecto en el que se conjugaban muchas cosas importantes.

A todos ellos vayan los agradecimientos de la Fundación.

Y para terminar quiero señalar que no es frecuente reunir como está hoy, a casi toda la familia Ibáñez, incluidos algunos representantes de la quinta generación, a partir de D. Adolfo. Quiero traspasarles a ellos el entusiasmo por una obra familiar. Ha sido muy grato compartir este esfuerzo entre ramas de la familia para las que, el hecho de haber separado los negocios, no ha resultado en un debilitamiento de los propósitos comunes, sino por el contrario, en un mayor perfilamiento y mejor ejecución de ellos. A aquellos miembros más nuevos de la familia, quiero invitarles a que en el futuro participen en este esfuerzo. Y que las 5 generaciones ojalá se transformen en 5 y 5 más. A estos jóvenes y a los que hoy estudian en la Universidad quiero transmitirles unas palabras que me dejó el abuelo Adolfo, mi padrino, con motivo de legarme una carpeta con antecedentes familiares. Dice ahí D. Adolfo: “Venir de buen tronco trae muy legítima satisfacción; pero no establece derecho ni privilegio alguno. Por el contrario, crea ineludibles obligaciones de ser digno y de servir a la comunidad”.

Muchas gracias a todos Uds. por su presencia hoy aquí.